

Morir al atardecer

Autor

.....
Enrique García Rodríguez

Accésit

.....
Categoría B • 19-30 AÑOS

2017

Autor

Enrique García Rodríguez

Barcelona, 1997

Finalista en el VIII Concurso de Relats Breus del Diari de Terrassa (2017) por Sombras combativas.

Graduado en Historia por la Universidad de Barcelona (2017-2021). Actualmente es estudiante del Máster en Formación del Profesorado de Secundaria Obligatoria y Bachillerato, Formación Profesional y Enseñanza de Idiomas. Está ejerciendo de profesor en prácticas en el Institut de Santa Coloma de Gramenet. Escribe poesía, relatos, microrrelatos, guiones para cortometrajes, canciones.

MORIR AL ATARDECER

Enrique García Rodríguez

Cielo ennegrecido, calles desiertas, edificios destruidos, sonidos infernales. Los casquillos de bala sustituyen al jolgorio de la gente. Los niños muertos se imponen a los parques vivos. El dolor, el odio y el rencor ejercen su jerarquía sobre cualquier otro sentimiento. Es la guerra. La puta guerra. Una más. Una sangría constante autopropulsada por un maniqueísmo penetrador se abre paso por todo el territorio nacional. Es la guerra en vivo y en directo.

El aroma bucólico de un viejo pueblo cercano a la capital se resquebraja: el ganado corre despavorido ante el ruido y el posterior ataque de los aviones, imagen similar a aquellos condenados a la guillotina al escuchar el fervor de la multitud, practicando, más que un intento desesperado de escapar, una forma de esperar a la muerte: en movimiento, con una uniformada desesperación.

El horror retumba en las ventanas de una finca declarada Patrimonio de la Humanidad, dada sus esculturas decimonónicas fabricadas con cañones recogidos de una guerra ocurrida en el segundo tercio del siglo anterior, otra guerra más. Por la ventana de la finca, aparece como alma en pena, conmovido por la incredulidad, un anciano que bordea los cien años de edad. Mira a través de las

cortinas con los ojos vidriosos, está destrozado. No es el horror de la guerra en sí mismo lo que le conmociona, sino una sensación mucho más tóxica: un cruel déjà vu anti-nostálgico que petrifica al anciano. Y es que no es la primera vez que ve el brillo de las guillotinas.

Se dirige hacia su habitación y saca a relucir todos los libros de historia que posee. Los hace añicos contra la pared. Empieza a llorar. “Otra vez, me cago en la puta de oros, no hemos aprendido una mierda. ¡¡¡Una mierda!!!”. Pero no es el miedo a morir lo que hace llorar de rabia al anciano, ni siquiera los miles de fallecidos que hay en las calles. Solo una cosa le preocupa: No poder contarle de nuevo sus historietas de viejo loco a su nieto, pues este ha decidido ir a vivirlas en primera persona. Hace ya tres meses que marchó al frente, ochenta y siete días exactamente. El anciano mira una foto que tiene junto a su nieto en mitad de un tobogán cuando apenas contaba diez años. No han pasado más de ocho desde aquella instantánea. El abuelo mira fijamente la foto. Sonríe. Derrama una lágrima que viaja hacia su mejilla velozmente. Cierra los ojos. Su corazón se detiene. En aquel momento, Michael Williams Fernández, nacido el 20 de agosto de 1920, de padre inglés y madre cubana, se suma a la interminable lista de fallecidos en pleno conflicto. No se sabe si por el paro cardíaco producido por una melancolía irreparable o por la bomba aérea que acaba de hacer trizas toda la casa. Una cifra a sumar para una futura estadística variable, una más.

A 78 km de allí, en un monte alejado de toda sensibilidad, se encuentra en juego una de esas batallas que marcan el porvenir de la historia. Andoni, un soldado que apenas llega a la mayoría de edad, camina con fervor dejando sus pensamientos adolescentes atrás e inyectando valentía a su robusto corazón. Rifle en mano, va quitando la vida con un simple toque de dedo a todos los que se hacen llamar enemigos. Cada tiro certero en la frente adversaria es un paso más para la gloriosa victoria.

Tras días y días de batalla, la sangre inunda todo el monte. El joven valiente observa el cuerpo inerte de todos sus compañeros. Mira hacia un lado, hacia otro. Sin duda, hoy no ha sido un día

productivo. Yacen muertos en el frío suelo, nunca jamás volverán a sentir, a amar, a llorar, a reír, a discutir, a soñar, a observar, a jugar, a enfadarse, a intentar, a echarse atrás, a dormir, a levantarse... a nada. Ya no son personas complejas, sino alimento para las aves carroñeras. Solo queda la incógnita de su futuro: En un cielo agradable, o en un fondo negro para el resto de la eternidad. En medio de este infierno Andoni se consuela, sabe que sus compañeros no han muerto en vano: han dado la vida por la patria. Cada muerte amiga es una inyección más de atrevimiento en forma de rencor para el joven soldado. Una nueva razón para seguir matando, una más.

Andoni busca desesperado algún signo de vida mientras piensa en toda la gente que a lo largo de la humanidad ha hecho lo mismo que él en ese momento: Buscar vida entre los escombros. Aún hay lugar para el escepticismo en su alma. De repente ve al fondo, en una pequeña elevación que se alza junto al valle, un soldado tirado en el suelo que se mueve casi de manera inapreciable, fundiendo su sombra con la luz del atardecer, impregnado completamente en una mezcla de barro, sangre y sudor.

Preocupado y a la vez esperanzado, acude hacia la posición del agonizante soldado. “Joder, no soy el único”, retumba en su mente. Por fin llega a su posición, la mirada de Andoni se fija intensamente en su compañero caído, tumbado bocabajo y moviéndose mediante ligeros espasmos, pero al darle la vuelta para socorrerlo todo cambia. Ya no es una mirada de esperanza la que se postra encima del combatiente herido, ahora es la punta del rifle la que apunta incesantemente a su rostro. Una cruz colocada en el pecho del soldado que se está desangrando hace reaccionar al joven soldado, hace predecir lo peor. Esa cruz, aunque de la misma creencia que la de Andoni, tiene una dimensión menor y un color diferente. Es un enemigo.

De nuevo, la historia se repite. La vida de una persona en manos del razonamiento de otra, una vida llena de esfuerzo y sufrimiento que se puede marchar con un simple toque de dedo. El herido cierra los ojos esperando a que su verdugo tome la decisión. Nadie se

enterará. Una piedra, una palanca, un gatillo. Pero siempre igual, un verdugo y su presa. El cazador y el cazado. La vida y... “¿Cómo será la muerte?”- piensa de golpe el soldado enemigo. Abre los ojos y observa el cielo, ligeramente enrojecida, donde pasará el resto de la eternidad.

Cuanto más se acerca el dedo de Andoni al gatillo más se aleja la esperanza de aquel hombre castigado por las balas. “¿Por qué no me remataron en su momento?”- repite una y otra vez en su interior. Un proyectil más y todo sufrimiento acabará.

En este preciso instante, una lucha se libra dentro del robusto corazón del joven, que continúa con el dedo rozando el gatillo. Se está debilitando. Se da cuenta de que a pesar de todas las bajas que tiene en su haber, nunca ha matado a un hombre mirándole a la cara. Tan cerca. “Un hombre al fin y al cabo”, piensa. “Lo he podido saludar por la calle, quizás vino algún día a arreglarme el aire acondicionado, o a lo mejor me dejó pasar en la cola del supermercado, o fue uno de los miembros del jurado que me otorgó aquel premio de literatura infantil... ¿Quién sabe?”. Su corazón se debilita por momentos, la batalla se decanta. “No, pero es un puto enemigo. Punto. Ha matado a mi gente... aunque a él también le han disparado, y posiblemente también hayan acabado con la vida de muchos de sus amigos”. El combate llega a su final. “¿Qué haría él en esta misma situación?”. Un contraataque casi da la vuelta a la batalla, pero entonces un golpe maestro tiene lugar. “Un enemigo, un enemigo, pero... ¿quién coño decide quién es mi enemigo y quién mi compañero? Ese de ahí lleva mi uniforme, y no sé ni cómo cojones se llama. ¿Quién decide esto? ¿Quién decide todo?”. Por primera desde hace mucho tiempo algo hace tambalear su organismo: le tiembla la mano.

-Espera aquí un momento- dice Andoni a su enemigo, el cual sabe que acaba de recibir un indulto.

Andoni despoja de su vestimenta a unos de sus compañeros muertos y se la entrega al soldado malherido, al que le ayuda a ponérsela.

-¡Vamos!, con esto podremos entrar en la enfermería y curarte.



Además de su valentía, ahora a Andoni le acompaña un combatiente a su espalda. Tras una hora de camino, por fin ven al final de la ladera unas carpas blancas especializadas para heridos de guerra. Una enfermera, ya casi dormida en mitad de la madrugada, observa como un soldado entra junto a otro cargado a sus espaldas, semiinconsciente. Rápidamente, llama al doctor. Tras realizarle una operación de urgencia, consigue extraerle las balas y reanimarlo. Todo ha salido bien. Se ha evitado una baja casi confirmada.

A la mañana siguiente, el soldado, ya curado, o al menos en una situación donde su vida no corre peligro, se levanta sin recordar absolutamente nada. Se muestra confuso, desorientado. En ese mismo momento, gira su cabeza y ve la mirada de aquel valiente joven, su salvador. Empieza a recordar.

-¿Qué tal estás, tío?- pregunta Andoni.

Ya no es el rifle el que le apunta, sino unas simples palabras. Y sin embargo, ahora se siente más bloqueado que el día anterior. El soldado, aún camuflado con la vestimenta del bando contrario, no consigue entonar palabra.

-Joder, la sangre no me dejaba ver bien tu cara. Ahora veo que eres un auténtico veterano. No es tu primera batalla, ¿verdad?

Continúa sin decir nada.

-Siento mucho lo que está pasando, de verdad.

El veterano sigue sin hacer un solo gesto, incluso cuando yacía moribundo parecía tener más vida que ahora. Está a punto de llorar, pero su orgullo no se lo permite. Lucha por no mostrar su debilidad ante aquel joven soldado, pero acaba soltando una lágrima que cae sobre su vieja bota de teniente general, derramando una estela de humanidad. El veterano por fin consigue hablar.

-He de irme. Gracias- dice con dificultad. Inmediatamente, da media vuelta y se pierde entre la oscuridad del bosque.

Andoni se sienta en el suelo, agotado. Intenta llorar, pero no puede. La enfermera le llama diciendo que hay alguien al teléfono que quiere hablar con él. "Me han descubierto, saben que soy un traidor, me fusilarán". Coge el teléfono y escucha la voz de alguien

conocido, es el General Maldonado. “Todo está perdido, no hay nada que hacer. Lo sabe”. El General empieza a hablar fríamente:

-Soldado Williams, esta noche el campamento situado en la ladera norte ha sufrido una emboscada por parte del enemigo. Tenemos ciento setenta y seis nuevas bajas, la batalla está perdida y nosotros jodidos. Esta tarde dirígete al campamento base, iniciaremos una ofensiva contra la capital para arrinconar a esos maricones. Por cierto, entre esas ciento setenta y seis bajas se encuentra tu amigo Brian, dormía mientras acabaron con su vida. Lo siento mucho. Espabila.

Cuelga el teléfono, las órdenes están dadas. Andoni agarra fuerte su fusil y marcha rápido hacia su destino. Hay una guerra que ganar y un enemigo que vencer.

Cielo ennegrecido, calles desiertas, edificios destruidos, sonidos infernales. Los casquillos de bala sustituyen al jolgorio de la gente. Los niños muertos se imponen a los parques vivos. El dolor, el odio y el rencor ejercen su jerarquía sobre cualquier otro sentimiento. Es la misma guerra. La misma puta guerra. Han pasado dos años ya desde aquella tierna escena en el atardecer del Monte Rojo, llamado así por lo días que se tardó en limpiar la sangre del lugar.

Andoni sigue luchando de manera impecable. Con apenas veinte años, es uno de los soldados más condecorados de la Guerra. Por suerte, nadie se ha enterado de su más secreta hazaña, de la cual se siente fuertemente avergonzado. “Me deberían retirar todas las medallas, no sé cómo pude ayudar a ese hijo de puta”. Reflexionaba cuando el ruido de las balas cesaba y permitía pequeños instantes de silencio, unos instantes que se convertían en incómodos para la mayoría de soldados. Y es que cuando cesa el sonido de las balas, el soldado se siente fuera de lugar: piensa, reflexiona, camina... Por suerte para la continuidad de la guerra, estos momentos son efímeros.

Tras dos años y medio de conflicto, Andoni no tiene en su historial ni una sola herida grave. Sin embargo, su situación es crítica. Tras una batalla cuerpo a cuerpo de la que ha salido victorioso, el joven ha perdido su arma por el fondo de un acantilado. Ahora anda por

la ciudad sin defensa alguna, intentando pasar por los lugares más cerrados. Por primera vez, esquivo la guerra, al menos hasta que encuentre una nueva arma. Se introduce en una casa abandonada que desemboca en un amplio jardín, cercado por una extensa verja metálica. Se siente perdido, pero el miedo no puede con él. Su corazón se encuentra más duro que nunca. Es un auténtico soldado, dispuesto a todo por su patria.

Tras varios minutos merodeando por la zona, encuentra una pequeña puerta incrustada en la verja que le permite salir de la casa e ir por un camino de piedras que parece seguro. Pero justo cuando está atravesando la puerta, su cuerpo se para en seco. Un soldado enemigo se acerca corriendo a toda velocidad por el camino de piedra, a sólo cien metros de él. Viene armado. Unos segundos más, y estarán frente a frente. El soldado se acerca con una magnum 9mm, aunque no para de mirar hacia atrás. Y es que el soldado no corre hacia Andoni para atacarlo, sino que huye de otros tres soldados que le persiguen con fusiles de asalto. Andoni observa a sus tres compañeros y a su enemigo, cada vez más cerca de la puerta donde se ha quedado inmóvil de manera inexplicable. No puede moverse, algo se lo impide. Es el miedo. Por primera vez siente el aliento de la muerte sobre él.

Tras infinitos segundos de espera, el soldado enemigo, que corre enloquecido y a una velocidad endiablada, se da cuenta de que a diez metros hay un joven enemigo desarmado que obstruye su camino tapándole su única vía de escape, un obstáculo fatal en su carrera contra la muerte. El soldado enemigo, al percatarse, levanta su arma, apunta, acerca el dedo al gatillo y sin pensarlo dos veces... “Cojones”, no es un soldado enemigo, es él. Su salvador. Aquel al que ahora apunta con un arma es el mismo que dos años antes le había salvado la vida a la luz de aquel atardecer, presente de nuevo. El veterano respira. La mirada de Andoni se funde con la del veterano en el más remoto de los universos. Se reconocen, sus miradas se penetran igual que aquella mañana en el exterior de una carpa con la función de hospital, justo antes de marcharse pronunciado un “gracias”, un

gracias que ahora está más presente que nunca. El intercambio de miradas parece no tener fin. El tiempo se detenido. La guerra deja de existir.

De golpe, Andoni vuelve a escuchar el sonido de los aviones, de los gritos, de los casquillos... vuelve a la realidad y descubre que el veterano se ha detenido, justo a diez metros de su salvación. En aquel momento, Andoni se da cuenta del significado de la mirada anterior: el soldado veterano le estaba dando de nuevo las gracias por aquellos dos años de vida que le había regalado. En este instante, ya no es el miedo lo que paraliza a Andoni, sino una extraña sensación que jamás había tenido...o quizás sí... hace dos años. Roberto Serván de la Torre, nacido el 4 de febrero de 1956, de padre cántabro y madre catalana, perteneciente al ejército desde 1971 y tras haber sido voluntario en numerosas guerras y haber sobrevivido de manera heroica a cada una de ellas, siempre estando presente en el campo de batalla y por lo cual se había ganado apodos como “El viejo del barro”, “El jubileta rosado” y “El temible aviador prehistórico”, decide tirar el arma y girarse con los brazos abiertos. Sin cerrar los ojos. Esperando su inmediato futuro. Sin piedad, es tiroteado por los tres soldados que le persiguen. Le vacían el cargador, los tres, dejándolo irreconocible.

-Vamos mamón, coge su arma y tira pal frente- le dice uno de los tres soldados a Andoni antes de marcharse recargado energía.

Energía, valentía, fortaleza... cosas que Andoni ha perdido de golpe. Abatido, se acerca a su viejo amigo, sí, a su viejo amigo. Se arrodilla ante él y lo observa, justo en la misma posición que hace dos años. “Pocos dejà vús hay más crueles que este”. Está pálido, se le cae una lágrima, y otro, y otra... Entonces, piensa en la vida de aquel veterano: en su mujer, en sus hijos, en sus nietos, en sus ilusiones, en sus motivaciones, en sus preocupaciones, en su... en su...en su nada, ya no queda nada. Nada de nada. Nada, pero absolutamente nada. “Una mierda queda”.

Con el rostro impactado, roto, deformado, Andoni mira hacia la izquierda, hacia la derecha, y finalmente vuelve a mirar a aquel

hombre, fijamente. “Dios mío...”. Repite una y otra vez entre sollozos. Justo en ese momento, siente algo que jamás había sentido, ni siquiera dos años atrás, ni siquiera cuando era niño. Amor, amor hacia el ser humano. Amor hacia la vida. Amor, amor puro. Afecto. Afecto cristalino.

Y allí, entre el rugir de los aviones y el clamor de las personas, se quedaron unidos aquellos dos hombres como muestra de humanidad. Andoni abrazaba a Roberto Serván con el mismo amor que un abuelo agarra el retrato de su joven nieto desaparecido. En aquel camino de tierra la muerte se abrió camino entre la vida. Una nueva muerte, una más. Una muerte que hizo cambiar al joven de idea: ya no contaba los días que quedaban para la victoria, sino los días que restaban para que la guerra acabase y el pudiese volver a los brazos de su abuelo. Levantarse pronto y beberse el cola cao del yayo era la única motivación que le quedaba.